



Cartas de Jenny: un problema de amor posesivo

Consuelo Morel M.

Socióloga

Profesora Escuela de Teatro U.C.

Una obra de este tipo tiene múltiples lecturas en el plano psicológico, pues se la puede abordar desde cualquiera de sus personajes y/o niveles de conflicto. En este artículo quisiéramos reflexionar sólo en torno a dos aspectos fundamentales, como claves para su mejor comprensión: el problema de la elaboración de una pérdida y el problema de la representación mental.

En **Cartas de Jenny** la madre aparece desde el comienzo en una relación de total dedicación, a su único hijo Kevin. Es una relación diádica (de a dos) con su hijo, y de tipo parcial donde lo tercero, lo "otro", están excluidos, imposibilitando la constitución de la tríada que sería lo verdaderamente fecundo. "La tríada es la prolongación natural de la tríada biológica necesaria para la gestación de un ser..." "Es la permanencia del niño en la unión diádica con la madre, lo que el padre impide a través de su rol terciador¹"; aún más, se llega a sostener, en algunas teorías, que es ese rol terciador el originante del lenguaje y de la vida cultural misma.

La obra presenta a una madre posesiva que ve a su hijo sólo en cuanto "parte" y englobado con ella tendiendo a una simbiosis que impide el desarrollo. Jenny aparece en la obra habiendo recibido ciertos "golpes" en su infancia, que al parecer están relacionados con el impedimento de vivir plenamente el amor con quien fuera el padre de Kevin. En la obra se ve un padre ausente no sólo física, sino también mentalmente. Un padre desvalorado, no incorporado, ni siquiera como el referente de la madre. Su desarrollo como mujer se ve entonces empobrecido y limitado a un par de recuerdos muy menores del que fuera su marido. Pensamos que el rol terciador del padre no se consumó, permitiendo por ello una simbiosis madre-hijo que dará por resultado grandes problemas para la identidad de ese hijo y el desenlace de una tragedia en todos los vínculos amorosos creados.

"Sin alcanzar a conocer al hijo que yo esperaba. Pero, sinceramente, ¿nos hizo falta, Kevin?

KEVIN: Sinceramente, no, mamá (Bailan)

¹ Otto Dórr: "Verdad y Patria", pág. 104. Anuario de Filosofía Jurídica y Social 3: 93-113, 1985.

JENNY: Amí tampoco me hizo falta compartir con nadie la alegría de escucharte leer por primera vez, el verte crecer sano, fuerte, bello, el sentirme protegida por ti en las noches y el estar bailando contigo hoy, el día más feliz de mi vida, el día de tu graduación."

La pérdida y la representación

La posición de Jenny es desde el comienzo de la obra la de alguien que tiene una "posesión", un objeto aprisionado en torno a sí, y sin el cual no puede vivir. Toda su vida, todos sus sacrificios están hechos para su hijo, no teniendo otro horizonte de vida o de intereses propios.

Kevin es su posesión concreta y ella no concibe una relación amorosa de él fuera de ella. Cuando él está ausente o se va, siente rivalidad y odio hacia esa nueva vida. Por ello, verá a su nuera como un peligro, como una "rival" y como un ataque permanente que le *quita lo suyo*, más que una posibilidad de desarrollo o amor de Kevin. La ausencia de su hijo le resulta intolerable y surgen en ella todo tipo de impulsos destructores. Jenny no puede transformar esa experiencia emocional concreta en elementos simbólicos y de representación mental. Como dice Bion¹: el fracaso al usar la experiencia emocional produce en el desarrollo de la personalidad un desastre, comparable al fracaso en el comer o en el beber, o en respirar... De allí la importancia de lo que Bion denomina "función alfa" y de los "elementos alfa" que son los que permitirían, de acuerdo a esta teoría, el transformar la experiencia concreta en realidad mental y en principio capaz de incorporar las relaciones concretas en realidades psíquicas o mentales.

Jenny no tiene un vínculo "interno" con su hijo, de modo que él pudiera vivir dentro de ella a pesar de no estar presente de modo físico y material a su lado. Si lo tuviera incorporado, por el amor, Kevin podría irse, moverse, casarse, independizarse, etc., manteniéndose la *relación como tal*, en cuanto *representación interna* de la madre. Esa realidad, que permite incorporar a los objetos externos al mundo interno, es lo que apunta a la tolerancia de vivir las pérdidas, por cuanto la mente puede en ese

caso -en ausencia del objeto amado- representar internamente esa separación desarrollando un pensamiento o una simbolización que permite tolerarla. Es esta función mental algo de la mayor importancia, ya que permite re-crear de un modo inmaterial aquella relación que en un comienzo era material y concreta, permitiendo con ello la identificación y la libertad para *crecer a partir de la pérdida*.

En la obra estamos en presencia del caso opuesto. Ante la pérdida (o supuesta pérdida) de Kevin, por el hecho de casarse, Jenny no puede representar, no puede simbolizar y por lo tanto no puede vivir, volviendo a una situación de muerte y de dolor. Esto podría indicar, tal vez, que ella ha elaborado mal otras separaciones anteriores muy significativas para ella, teniendo un mundo interno rígido e impedido de evolucionar hacia situaciones más gratificantes en diferentes ámbitos para ella.

"¡Qué terrible educación la nuestra!, en cuanto al amor, pienso. Si algo me ha impedido reiniciar mi vida amorosa... -bueno, amorosa no, llamémosla si tú quieres erótica, como lo hace ese obsesivo doctor Freud, tan criticado en estos tiempos-... si algo me frena y me ha frenado han sido los golpes con que he sido amaestrada".

"...Si algo me frena y me ha frenado, han sido los golpes con que he sido amaestrada... Tú no debes acordarte, pero una tarde de verano, jugábamos, yo me había puesto los pantalones de mi primo y desde arriba de un árbol, un cerezo, de pronto sentí que un líquido viscoso me corría entre las piernas. Yo pensé que alguien me había llenado los bolsillos de cerezas y que éstas se habían reventado, así es que bajé dispuesta a castigar al culpable. Pero una vez en tierra firme tuve que reconocer que no había tal: lo que me corría entre las piernas era sangre. Aterrada corrí donde mi madre. Ella cerró la puerta y me dijo: "Desde ahora usted ya es mujer y las personas del sexo opuesto, hombres; hombres que andan con una escopeta en las manos siempre dispuestos a disparar sobre usted. Qué terrible, ¿no? Pero a mi edad ya no hay cazador ni escopeta que me impresionen. Yo ya tengo un hombre: Kevin..."

En estado de separación con Kevin, se detiene en ella todo desarrollo, no puede seguir madurando en su amor maternal. Sólo siente rabia y agresividad

1 W.R. Bion: "Aprendiendo de la experiencia" Paidós, pág. 67.



"Cartas de Jenny": Elvira López y Yael Unger (Foto: Carlos Figueroa).

muy primitivas hacia quien culpa de esta situación: su nuera. No puede vislumbrar la posibilidad que sea el propio Kevin quien deseara naturalmente independizarse del lazo materno y crear un proyecto propio. Lo ve como "víctima" de "otra" que se lo quita, que se lo arrebató y que por lo tanto es su odiada rival.

Desde esa situación, la madre sólo desea recuperarlo para sí, para recrear la dependencia concreta anterior, destruyendo el vínculo de la nueva pareja, sin pensar que esa destructividad implicará también la muerte de su hijo. Patético resulta ver esto hacia el final de la obra, cuando Jenny repite a otras mujeres los recuerdos fijos y únicos del amor a su hijo. En ese hecho vierte parte de sí misma, como si esos recuerdos y sólo éstos fueran su vida. Y casi no son recuerdos: son las vísceras de ese mujer que no vive sino por y para ese hijo, sufriendo con ello de modo ciego e incontenible.

La experiencia concreta y la realidad psíquica

La "curación" de Jenny, el dejar de sufrir de ese modo y transformar ese hecho en una experiencia renovadora, tenía que ser realizada a partir de la aceptación de la "necesidad y la añoranza", para restablecer así sus equilibrios internos y mirar, tal vez, otros dolores que la impulsaban a esa posesividad, y que son los que probablemente están tras

toda maternidad con estas características. Ese modo de vivir lo materno, no se gesta, sin dudas, a partir del nacimiento de Kevin; es muy anterior a ello. En relación a esto podemos recurrir al pensamiento de Freud cuando plantea a propósito del "amor de transferencia" que los pacientes aspiran "a actuar y repetir en la vida algo que sólo deben recordar, reproducir como material psíquico y conservar en el ámbito psíquico"¹. Es decir, en este caso, *la actuación real* del amor madre-hijo de modo concreto presente y repetitivo impide conocer el verdadero problema que está en el trasfondo de esta manifestación y que debiera haberse mantenido en el ámbito psíquico, en el ámbito de la representación mental. Dicho de otro modo, para que Jenny pueda soportar este hecho debió agrandar la vida de su "espíritu", más que el de la posesión cercana y física, apegada a los hechos concretos, los cuales no está dispuesta a "soltar" de sus manos.

Situación de Kevin

En tal situación, Kevin no es todo lo fuerte y desarrollado como para resistir el "tironeo" de dos mujeres que se plantean como alternativas (o la una o la otra) y no como complemento en planos y niveles distintos.

¹ S. Freud: "Puntualizaciones sobre el amor de transferencia". Nuevos consejos sobre la técnica de Psicoanálisis, III, pág. 165, 1915 (1914).

El también está desarrollado como "parte" de alguien y por lo tanto es muy posible que no logre resistir el conflicto que se gesta en torno a él. Trata, intenta calmar a su madre y/o a su esposa, pero la rivalidad entre ambas no le permite existir. Su opción es de muerte. Si elige a una muere la otra y viceversa. El estar casado o el ser hijo, le aparecen como opciones polares y absolutas, donde la gratificación de una supone la total privación de la otra, sin posibilidad alguna de interconexión o mediación. Este amor posesivo implica una carga muy fuerte de pulsión de muerte, que se manifiesta en rabia y agresividad.

En la mente, de acuerdo a la Teoría de Melanie Klein, es el aspecto amoroso el que se ocupa de controlar la destructividad, y de restaurar los daños que se causan. "En la capacidad de reparar al objeto bueno interno y externo es que se basa la capacidad del yo para conservar el amor y las relaciones a través de los conflictos y dificultades".

En este caso, en la obra teatral, se muestra la imposibilidad de la madre de reparar al objeto bueno tanto interno como externo. A tanto llega que efectivamente el hijo enferma y muere, como dando cuenta de un estado de vida imposible. Su madre no lo tenía "dentro de ella" en forma clara, de modo que toda separación le parecía amenazante y peligrosa. No había entonces una relación de amor, sino una situación de simbiosis y de idealización tal, que al menor atisbo de distancia o crítica surgía la destructividad.

Jenny hubiera podido tolerar la separación y en esa ausencia permitir que se elaborara en el "ámbito psíquico" ese dolor, tal vez hubiera tenido una clave que la llevara hacia el fondo de su ser, hacia la recuperación de sus funciones amorosas destinadas a nuevos objetos, permitiendo con ello la libertad y la vida de su hijo. Se hubiera acercado a través de este dolor al fondo de su identidad y le habría permitido "un viaje hacia su interior..." Como no es posible vive algo que no entiende y que por ello sufre con tal intensidad y angustia. Por otro lado, también es dable pensar, como hipótesis, que para que ella tolerara ese dolor tenía que haber elaborado

ciertos conflictos previos, que le posibilitaran hacerlo.

Conclusión

La comprensión de que la vida se desarrolla más en ausencia que en presencia, más en el espíritu que en lo material, más cerca del abandono y aceptación e incorporación de las pérdidas, que de la actitud posesiva y esclavizante, es uno de los temas más importantes de la reflexión acerca de la vida humana hoy día. La Ciencia Psicológica y las Ciencias Humanas en general así como la Filosofía se preocupan de este problema: del existir permitiendo ser al otro "tal como es y en lo que es" como clave del amor y de la verdad. El tender a poseer al que se quiere como alguien sólo y exclusivamente para mí, destruye la fuente misma de la vida e impide la verdadera libertad, que es la *libertad para amar a otro tan libre como yo*.

A esto nos lleva a reflexionar esta bellísima obra teatral, cuya puesta en escena es de tal sensibilidad y calidad que nos permite precisamente vivir estos problemas del amor, del sufrimiento, de la pérdida no tolerada y de la muerte. La escena "inicial-final" de Jenny aprisionando y defendiendo las cenizas de su hijo, apretadas entre sus manos y muriendo junto a ellas, es el símbolo más hondo de la obra, donde se muestra el cómo este modo de amor-concreto madre-hijo no tiene sino un destino trágico. Destino que se muestra a través de toda la Historia del Teatro, constituyendo un elemento siempre presente en el Arte, dando cuenta del dolor y la dificultad de la vida misma, cuando este tipo de sufrimiento resulta imposible de ser trascendido.

VIVIANA: Jenny, Kevin murió en 1946.

JENNY: ¡Ya lo sé, no se me ha olvidado, ni se me va a olvidar nunca! Como tampoco se me olvida las circunstancias en que murió. Como tampoco se me olvida quiénes fueron los responsables de su muerte.

VIVIANA: No empecemos con eso.

JENNY: No, si no estamos empezando nada, estamos terminándolo todo, porque para su conocimiento, éstas son las cenizas de Kevin. Ahora ni usted ni nadie me las va a poder quitar..."

1 Carmen Domínguez: Mimeo, Instituto de Psicoterapia Analítica, "Introducción a la obra de M. Klein", pág. 3, 1989.